

La dislocación social

Jean-Marie Vincent*

Marx afirma con énfasis en los *Grundrisse* que la sociedad capitalista no está compuesta por individuos, sino por relaciones sociales. A partir de esta afirmación paradójica podría uno estar tentado a sacar conclusiones estructuralistas y economicistas: la sociedad estaría gobernada y regulada por los esquemas inconscientes presentes en las relaciones sociales y más precisamente en las relaciones de producción y los individuos no serían sino soportes de esas relaciones. Muchos marxistas llegaron a semejantes conclusiones, cayeron en un verdadero determinismo histórico y dejaron muy poco lugar a la actividad de los individuos. Sin embargo, al leer a Marx con atención, uno puede darse cuenta de que no es claro que tome esa vía. Para nada menosprecia el papel de los individuos, al contrario, se interroga ampliamente sobre su modo de inserción en la sociedad, sobre la manera como se asocian unos con otros. Deja incluso entrever las condiciones y perspectivas de una individualidad rica en conexiones con el mundo y la sociedad.

De hecho, la problemática planteada por Marx gira alrededor de los fenómenos de desposesión de las relaciones sociales que marcan a los hombres en la sociedad capitalista. No remite a los individuos a la nada, se esfuerza por mostrar que están sometidos a automatismos sociales que ellos mismos construyen y reconstruyen sin cesar en sus actividades y por sus actividades. La sociedad está dominada, según él, por abstracciones reales, por formas de pensamiento colectivo como el mercado, el capital, la moneda o el valor. El contexto social y la estructuración de la sociedad se fijan por esas

* Profesor de ciencias políticas en la Universidad de París VIII. Este texto fue presentado en el Seminario Internacional *El mundo que se destruye, el mundo que emerge*, realizado en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, los días 20, 21 y 22 de septiembre de 1999. Traducido del francés por Arturo Anguiano.

abstracciones reales que determinan igualmente la dinámica social. De aquí se desprende el carácter social, es decir, el tejido conjuntivo en el que se mueven los hombres y un cortejo de discontinuidades y de obstáculos. Los dispositivos institucionales, lejos de ser el fruto de la libre actividad instituyente de los grupos sociales y de los individuos, están bajo el dominio directo o indirecto de la economía y la valorización. Su lógica de funcionamiento consiste en crear las disimetrías, las desigualdades en los intercambios sociales, en la distribución de los poderes para reproducir las condiciones de la valorización (lo que implica evidentemente procesos permanentes de desvalorización de una parte importante de la sociedad). Los sistemas de puestos y de funciones que las instituciones jurídicas y estatales sancionan y garantizan son jerárquicamente ordenados (más o menos), a pesar de la igualdad ante la ley de los sujetos de derechos y ciudadanos.

Como dice Marx, los individuos se reencuentran como máscaras de carácter, como prestatarios de maquinaciones anónimas. Sus relaciones interpersonales, fuera de la intimidad familiar o de las relaciones afectivas, son ubicadas bajo la égida de la distancia y la indiferencia: la proximidad espacio-temporal en los mercados o en las instituciones puede muy bien generar lejanía. En tal contexto, la cultura puede tener la fuerza unificadora que se le concede con frecuencia o incluso constituir este "valor de refugio" que desean algunos. Es verdad que es trastocada por múltiples corrientes y por una gran variedad de modos de expresión que no excluyen la crítica ni la protesta, pero que no proveen los medios para establecer relaciones simbólicas entre los distintos países y sociedades. Sobre todo, es penetrada cada vez más por la industria cultural (los medios) que borra los desgarramientos y las contradicciones por el encanto de la mercantilización y las fantasmagorías de un mundo soñado. En función de todo esto, la cultura deviene más errática, sensible a cualquier cambio de coyuntura y cada vez más dividida entre la entrega a la mediatización y a la reacción fundamentalista.

En esas condiciones, los vínculos sociales cotidianos que se establecen en los lugares de trabajo, en las relaciones vecinales, etcétera, son precarios y frágiles. La sociabilidad debe ser reconquistada sin cesar porque sin cesar es puesta en entredicho, amenazada de destrucción e incluso destruida (por ejemplo, los grupos informales de las empresas). Detrás de la apariencia de normalidad, el mundo social vivido por los individuos es inestable y está sometido a fuertes perturbaciones, mientras que éstos tendrían necesidad precisamente de estabilidad para mantener relaciones satisfactorias entre sí. Esas deficiencias de la sociabilidad colocan a los individuos en una situación de inferioridad para enfrentar la ubicuidad de la violencia en la sociedad, de la violencia que sufren, de la violencia que infligen a los otros o a sí mismos. Hay aquí una violencia sorda, repetitiva y anónima que viene de las abstracciones reales, de los dispositivos de valorización. Hay la violencia que se desarrolla en las relaciones de trabajo (ritmos

de trabajo, amenazas de desempleo, etc.). Hay igualmente la violencia que se sufre en la competencia por un empleo, por disponer de ingresos suficientes y de los medios espacio-temporales para la autonomía. Las fuerzas propias de los individuos, obligados a vender su fuerza de trabajo, les son arrebatadas por los dispositivos del capital, lo mismo como fuerzas individuales que como fuerzas colectivas. Dichos dispositivos devienen, como dice Marx, de las potencias extranjeras que se vuelven contra los asalariados como fuerzas del capital. Se trata aquí de una violencia particularmente insidiosa, tanto más insidiosa mientras es menos perceptible que otras formas de violencia.

Sin embargo, el fenómeno más notable es sin duda que esas diferentes violencias se interiorizan porque son percibidas como más o menos naturales y en cierta forma inevitables. Haciendo esto, los dominados y los explotados se infligen violencia a sí mismos y prolongan las agresiones externas en agresiones internas. La impotencia relativa de muchos desemboca en una suerte de agresividad difusa sin que se pase necesariamente al acto. La sociedad burguesa capitalista se presenta como una sociedad civilizada que rechaza la violencia abierta de los individuos y de los grupos sociales. El derecho, con la ayuda del Estado, regula no solamente las relaciones contractuales, sino también los ataques a la propiedad y a la integridad de las personas físicas. Pero hay que tener claro que la protección jurídica es ambivalente: detiene la violencia al mismo tiempo que la alimenta al marcar y estigmatizar a una parte importante de la sociedad (por ejemplo, la población carcelaria, los titulares de registros judiciales, los sujetos a diferentes formas de control, etc.). Por otra parte, esta población criminal o criminalizada puede servir de "espantajo" y, por lo mismo, de justificación de lo que se presenta como el orden social. No es exagerado decir en este sentido que la violencia es un elemento esencial, tanto del carácter social como de la sociabilidad de la sociedad contemporánea.

En Francia esta realidad fue ampliamente ocultada durante el periodo de prosperidad que siguió a la Segunda Guerra Mundial. El Estado que se calificaba voluntariamente de "Estado-Providencia" era un Estado que quería la protección social, que impulsaba de manera masiva la construcción de alojamientos sociales, dialogaba con los sindicatos, democratizaba el sistema de enseñanza. Muchos creían que la sociedad francesa avanzaba hacia una situación con mayor igualdad y justicia y, en consecuencia, hacia el establecimiento de relaciones pacíficas. Ya no se quería ver en el trabajo asalariado una relación de explotación, sino un modo de regulación tripartita de la fuerza de trabajo (conformada por el Estado, las organizaciones patronales y los sindicatos de asalariados). Se olvidaba un poco apresuradamente que el Estado Providencia era a la vez el fruto de luchas sociales y de compromisos pasados a partir de esas luchas dirigidas a estabilizar la situación. En todo eso no había nada que pudiera asegurar que

el compromiso social podría ser prolongado en forma indefinida e institucionalizado definitivamente. De hecho, desde la segunda mitad de los años setenta fue puesta en entredicho toda una serie de lo que se creía eran logros sociales. Las políticas de lucha contra la inflación y por el aumento de los márgenes de ganancia de las empresas y las restricciones presupuestarias en varios dominios minaron poco a poco el pleno empleo, mientras los sindicatos, incapaces de unirse frente a las ofensivas patronales, se debilitaron rápidamente. En los años ochenta, a pesar de mantener en lo esencial la protección social proporcionada a los asalariados, el Estado se transforma en organizador de la adaptación de la economía a la mundialización. Al aplicar una política basada en una moneda fuerte (el franco) y en una deflación competitiva, hizo que el crecimiento dependiera cada vez más de la demanda externa y de las exportaciones en detrimento de la demanda interna.

El resultado más espectacular de esta reorientación del Estado fue el desmantelamiento de lo que se llamaban los bastiones obreros, es decir, las grandes concentraciones industriales del Norte, del Este y parcialmente de la región parisina. Zonas donde el movimiento obrero estaba fuertemente implantado desde hacía largo tiempo vieron la desaparición de decenas de miles de empleos y, por consecuencia, el hundimiento de las estructuras sindicales y políticas. El Partido Comunista Francés (PCF), que constituía la espina dorsal política del movimiento obrero en esas regiones, fue parcialmente afectado: sus efectivos obreros se fundieron como nieve al sol, tanto más rápido cuanto se colgaba de su vieja mitología de partido de la clase obrera y de concepciones añosas de la lucha política en un contexto muy cambiante. Esto explica que se hayan disgregado los elementos esenciales de la cultura del movimiento obrero. Muchos militantes, responsables políticos y sindicales han perdido sus esquemas de interpretación del mundo y de la sociedad y, por consiguiente, lo esencial de sus referencias simbólicas; se abrieron brechas en su universo simbólico en el que se pudieron filtrar ideas de resignación y reacciones de desconcierto. Esta desmoralización relativa del mundo militante repercutió naturalmente en el mundo del trabajo en su conjunto y destruyó progresivamente la vieja cultura obrera. La perspectiva del cambio de la sociedad desapareció o se alejó a cientos de años luz de distancia. Este debilitamiento ideológico-cultural se acentuó todavía más después de la caída del Muro de Berlín y del fin de la URSS, percibidos como fracaso catastrófico de un intento extraviado por ir más allá del capitalismo. A esto hay que agregar que el mundo intelectual, marcado durante muy largo tiempo por el marxismo, lo abandonó masivamente y sucumbió ampliamente a los fenómenos de mediatización. A partir de los años noventa el anticapitalismo, salvo en círculos relativamente restringidos, es esencialmente un anticapitalismo moral y sentimental. El viraje político neoliberal y el culto místico al mercado encontraron así pocas resistencias.

Al abrigo de discursos repetitivos sobre el carácter irresistible de la mundialización, el capital ha podido lanzar en Francia una ofensiva de envergadura para desestabilizar las relaciones de trabajo y reorganizar sus dispositivos. Bajo el signo de la flexibilidad necesaria para hacer frente a la competencia, el contrato de trabajo de duración indeterminada, es decir, el empleo relativamente bien protegido, es reemplazado con mayor frecuencia por el trabajo precario, los contratos de duración determinada, el interinato, el trabajo de tiempo parcial, el trabajo clandestino, etc. De manera simultánea, las antiguas calificaciones reconocidas en los contratos colectivos son combatidas como no pertinentes. Un poco por todos lados, se enfrentan a la competencia, evidentemente evaluada en los balances internos de competitividad de las empresas. De manera complementaria, se demanda cada vez mayor competitividad y flexibilidad para responder a las fluctuaciones de la demanda, pero también para escapar del despido y el desempleo. Los dirigentes de las empresas buscan de hecho "individualizar" la relación de trabajo, es decir, aislar al asalariado frente a los arreglos gerenciales; se vuelve entonces más fácil integrarlo al espíritu de la empresa e imponerle horarios variables a través de la anualización del tiempo de trabajo. El asalariado de la empresa flexible no debe solamente perder la memoria de lo que ha podido hacer el movimiento obrero, también debe renunciar a construirse una temporalidad, así sea un poco autónoma. Para la patronal, el asalariado ideal es aquel que prueba el máximo de posibilidades y consagra una parte importante de su tiempo libre a volverse más competente a los ojos de sus empleadores.

No es exagerado decir que desde finales de los años ochenta la flexibilización de las relaciones de trabajo cayó como una tormenta sobre la sociedad francesa. La violencia que ejerce es, para empezar, simbólica: busca inculcar a los no privilegiados que deben situar su vida bajo la égida de la movilidad, movilidad del empleo (y también entre el empleo y el no empleo), movilidad en la adquisición de los conocimientos, movilidad geográfica, etc. Podría observarse que la variación de las actividades o la alternancia entre fases de actividad y fases de inactividad no es en sí un mal, al contrario: se podría estar de acuerdo con ella en abstracto; sin embargo, en los hechos no se trata de movi­lidades escogidas, asumidas voluntariamente, sino que se está en realidad en presencia de movi­lidades obligadas y destructivas de gran parte de la espontaneidad y la creatividad. Esta movilidad de la flexibilización tiene como función impedir la estabilidad necesaria para el desarrollo de proyectos autónomos y el establecimiento de conexiones con el mundo y relaciones sociales enriquecedoras. Es una movilidad que representa la huida hacia adelante, la sumisión a los movimientos de coyuntura y a las temporalidades del capital.

El trabajador flexibilizado ya no conoce horarios verdaderamente regulares, especialmente en función de la anualización del tiempo de trabajo, por lo que carece de los medios para organizar su tiempo fuera del trabajo de manera satisfactoria. Tiene que estar disponible permanentemente en detrimento de su vida privada. En favor de la flexibilización, el capital aplica una acción sistemática de control intensivo del tiempo de los asalariados. En el caso de Francia, los enfrentamientos en torno a la reducción de la duración de la jornada de trabajo (a 35 horas semanales) son muy significativos desde ese punto de vista. Las negociaciones por ramas y empresas para la aplicación de la primera ley se han dado en medio de la movilización de la parte patronal para imponer las cláusulas sobre las horas extras y el tiempo anual de trabajo, propuestas a las que se opone la mayoría parlamentaria de izquierda. El fraccionamiento del tiempo de los asalariados es cada vez más irregular y, tal como lo afirman los especialistas en ergonomía y patología del trabajo, el sufrimiento en las empresas alcanza nuevas alturas a pesar de la disminución del castigo físico de las actividades productivas.

La mayor parte del tiempo esos sufrimientos provienen de dispositivos anónimos (la organización y los horarios de trabajo, del ritmo de los sistemas de producción, etc.), pero por impersonales que sean, deben encarnar en hombres (los responsables) que deben armarse de indiferencia, e incluso de satisfacción, al volverse instrumentos de las disposiciones del capital. En consecuencia, la sociabilidad del trabajo (las relaciones y los grupos informales), ya fuertemente perturbada por las nuevas formas de individualización (salarios, competencia); adquiere una violencia contenida y exacerbada por las reforzadas relaciones de competencia. Los vínculos de solidaridad, pacientemente tejidos durante décadas de actividad sindical, se relajan e incluso simplemente desaparecen. Muchos asalariados deben infligir violencia contra sí mismos para sobrevivir en este contexto y así pierden una parte de sus capacidades de resistencia. Si bien el mundo del trabajo sigue siendo un mundo ordenado y jerarquizado, ya no ofrece las características de regularidad y normalidad que le caracterizaban hasta fines de los años setenta. Deviene —por lo menos— pletórico de amenazas, sembrado de obstáculos, sin que tenga por lo tanto la certidumbre de permanecer. Es el mundo de la inseguridad.

Paralelamente —lo que resulta lógico— se desarrolla eso que los sociólogos llaman la violencia urbana, término que recubre muchos fenómenos: delincuencia, choques en las periferias pobres, destrucción de edificios públicos, violencia en los transportes, incivilidad (en otras palabras, la brutalidad en los comportamientos de la vida cotidiana). En el origen de todo esto se encuentra evidentemente el desempleo, la precariedad del trabajo que golpea sobre todo a los jóvenes inmigrantes y crea una atmósfera de desesperanza sorda en las afueras de las grandes ciudades, lo cual propicia el desarrollo de la criminalidad y de la toxicomanía. Pero sobre todo no hay que olvidar

que esta violencia reactiva (*réactionnel*) se alimenta y en cierta manera se reproduce por el comportamiento de las instituciones y las orientaciones del poder público. A partir de los años ochenta, todos los gobiernos, de derecha o de izquierda, han pretendido implementar políticas urbanas ambiciosas y se han fijado como objetivos la rehabilitación del medio ambiente en las periferias más degradadas, el encauzamiento de la violencia citadina y la reinserción social de los más desvalidos y de los más amenazados. En realidad, a pesar de emprender algunas acciones exitosas en colaboración con las municipalidades, las políticas puestas en práctica han tenido como efecto central adaptar el confinamiento social y volverlo, si no soportable, al menos vivible (al límite de la sobrevivencia). En las periferias, los trabajadores sociales y los educadores especializados tratan de dirigir su trabajo hacia las familias que se encuentran en peligro de naufragio. Se implementan diferentes formas de ayuda social, desde el RMI (ingreso mínimo de inserción) hasta la ayuda para el alojamiento. Esto no impide que en muchos barrios periféricos las relaciones sociales se disloquen y las condiciones de vida se deterioren cualitativamente: muchos comerciantes renuncian a sus actividades, las escuelas —con frecuencia superpobladas— sufren cada vez más tensión en las relaciones entre alumnos y maestros, etcétera.

Todo esto explica que las políticas urbanas se acompañen de prácticas represivas y de seguridad que suscitan la revuelta y movimientos de cólera entre las poblaciones sobre las que se ejercen. Es como si se estuviera confrontado una especie de espiral de violencia sin fin que incita a una vigilancia permanente. En consecuencia, se produce lo que el sociólogo Jacques Donzelot llama procesos de secesión, es decir, procesos de desplazamiento de capas acomodadas y medias hacia zonas urbanas consideradas como seguras. De esta manera, las capas superiores de la sociedad ya no se encuentran en contacto directo con las capas inferiores, sino muy ocasionalmente. Estas últimas dejan de ser visibles, salvo como masas peligrosas que se dejan llevar por pulsiones más o menos criminales. El espacio se fragmenta y los modos de territorialización se diferencian cada vez más. Las capas acomodadas se construyen territorios vastos, de fácil acceso, dotados de mejores medios de comunicación con el mundo. Las capas desfavorecidas, por el contrario, se hacen en habitaciones sociales muchas veces mal conservadas y tienen frecuentes dificultades para desplazarse y comunicarse. Para ellas, el territorio no es un espacio donde la sociabilidad puede desplegarse fácilmente, es más bien factor de heteronomía, de desorganización de la vida, de relaciones vecinales conflictivas, de enfrentamientos entre las generaciones. No es sino en forma intermitente que los pobres pueden acondicionar miniterritorios verdaderamente habitables pero siempre amenazados de desaparecer gracias a la especulación inmobiliaria o a desplazamientos de las zonas protegidas.

Esta territorialización, desterritorializante para los desfavorecidos, no obedece forzosamente a políticas deliberadas, sino que corresponde a la tendencia del capital a crear espacios sociales de confinamiento e indigencia y valorizar los espacios sociales donde se mueven sus agentes privilegiados. Por eso no hay que sorprenderse si el confinamiento y la indigencia provocan inevitablemente un anhelo de evasión de los límites, esto es, un deseo de traspasar las barreras que separan a los confinados de las otras capas sociales. Todos los que no están resignados o muy rendidos material y moralmente se esfuerzan por encontrar soluciones individuales a una suerte que les parece injusta. Participan así de una mitología de la movilidad social, del ascenso social por el esfuerzo y la capacidad inventiva, por ejemplo, con la creación de empresas, la formación continua para obtener nuevas competencias y más recientemente con la participación en los fondos de ahorro. Incluso si la movilidad social existe, la invasión masiva en tanto posibilidad objetiva es contradicha por las modalidades del funcionamiento de una sociedad como la sociedad francesa de hoy. Para evadirse hace falta pasar por procedimientos de filtraje, selección y jerarquización que dejan en la orilla del camino a la mayoría de los aspirantes a la evasión. Uno se encuentra así ante resultados completamente paradójicos: los esfuerzos realizados para escapar a una situación difícilmente soportable logran reforzar un mito del que se agarran los desfavorecidos para no desesperar y al cual se aferran los privilegiados a fin de tener buena conciencia y remitir el lugar que ocupan unos y otros al mérito (y al no mérito). La mitología o la ideología de la movilidad social funciona de hecho como un medio esencial para ocultar las divisiones de la sociedad.

Esto no quiere decir, sin embargo, que sea impenetrable el velo ideológico (para retomar una terminología al gusto de Adorno) que pesa sobre las relaciones sociales. Algunos movimientos —sobre todo los que se llaman movimientos sociales— que desbordan la simple reivindicación salarial al cuestionar, por ejemplo, la organización del trabajo desgarran a veces una esquina del velo haciendo aparecer todo un rechazo social que contradice los dispositivos del capital y se resiste a ellos. La huelga de los servicios públicos realizada en 1995 y que tuvo como epicentro los ferrocarriles, denunciada al principio como una huelga corporativa de "privilegiados" respecto a los asalariados precarizados, evidenció ante un público cada vez más numeroso la intención del gobierno de Juppé —que atacaba los sistemas de retiro y las modalidades de financiamiento de la seguridad social— de disminuir los costos sociales del trabajo. Poco a poco se revelaron los argumentos objetivos invocados por los partidarios del poder, como la recuperación de los imperativos del capital, particularmente los imperativos de la guerra social emprendida contra los asalariados a escala internacional. Esto lo comprendieron, al menos de manera intuitiva, los millones de asalariados del sector privado

que de una manera u otra se solidarizaron con los huelguistas a través de ayuda financiera, participación en manifestaciones, etc. Sintieron claramente que una derrota de los asalariados del sector público implicaría su propia derrota y aumentaría las presiones hacia todas las víctimas del trabajo flexible.

Hace falta reubicar en ese marco los movimientos que no son propiamente movimientos de asalariados, sino que a su modo conciernen a las relaciones de trabajo. Para empezar, está el movimiento de desempleados que hizo su aparición pública en el viraje que se dio entre 1997 y 1998; su gran novedad residía en que cuestionaba las características esenciales del asalariado. Al reclamar ingresos dignos para todos los desempleados exigen, implícitamente, que los ingresos distribuidos no dependieran de los azares del mercado, de las estrategias capitalistas ni de las relaciones de fuerza entre potencias financieras. Demandaban —y siguen demandando— una relación sustancialmente transformada en el trabajo y el empleo. Por su lado, los movimientos estudiantiles registrados en 1998 mostraron que los estudiantes aceptaban de muy mala gana tener que prepararse sólo para un porvenir profesional, incierto en las antesalas incómodas de las relaciones de trabajo. Al parecer, sus reivindicaciones eran puramente materiales, pero en el fondo hacían valer exigencias de dignidad, demandas de mayor respeto y de atención por parte de los maestros, aspiraciones a procesos de enseñanza menos marcados por la competencia y por la inquietud de la competitividad. Esto no quiere decir que no hayan existido muchas ambigüedades en esos movimientos, como en ciertas reivindicaciones respecto a la seguridad pública, concebidas estrechamente, y en algunas tendencias a reducir los problemas de enseñanza a problemas de relación pedagógica. Pero estas ambigüedades no alteran esencialmente el alcance positivo de los movimientos que sacuden de manera sensible los sistemas de formación, elementos importantes de la división intelectual del trabajo, y delinean sutilmente otras relaciones del saber. Ahora el viento del neoliberalismo sopla mucho menos fuerte que al inicio de los años noventa en distintos medios (como es el caso de intelectuales, sindicalistas y maestros) y los críticos de los procesos de mundialización se vuelven más numerosos y poseen mejores argumentos. El clima cambia poco a poco.

Sin embargo, el horizonte aún no está verdaderamente despejado. Si bien la crítica social efectiva encuentra muchas veces un eco en los medios y en los discursos políticos, se encuentra lejos de ser una crítica coherente y sistematizada, susceptible de ejercer una influencia masiva en un periodo relativamente largo. Los momentos más agudos o los más exultantes quedan para la memoria, pero no constituyen los puntos de apoyo o los soportes de conocimientos articulados de la dinámica social y menos aún el arranque de perspectivas de transformación de las relaciones en la sociedad. Los movimientos sociales demuestran claramente que los cambios profundos están a la

orden del día, pero no indican por sí mismos las vías a seguir. Sus puntos de vista sobre la posibilidad de nuevos vínculos sociales son demasiado fragmentarios y parciales, por no decir vagos. Hace falta reconocer entonces que los movimientos sociales no piensan realmente en sus propias prácticas o que lo hacen solamente en forma latente, embrionaria. En este sentido, no interrumpen la circularidad social propia de sus cuestionamientos a los dispositivos y al funcionamiento del capital, que proceden con contraofensivas dirigidas a destruir los vínculos sociales nuevos que oprimidos y explotados hubieran podido establecer entre sí. Esos movimientos tampoco interrumpen la circularidad simbólica del "más cambia, más es la misma cosa", circularidad que nace de la dificultad para organizar cognoscitivamente las experiencias vividas en las luchas sociales y los sentimientos de impotencia que de ellas se desprenden. El uno se transforma en el movimiento, yo deviene otro, pero uno vuelve a ser el mismo tiempo después.

Lo anterior nos lleva a afirmar nuevamente que, para romper esas circularidades que se integran a la reproducción ampliada del capital, los movimientos sociales deben dotarse de una dimensión reflexiva, es decir, producir conocimientos propios y dispositivos de aprendizaje para analizar y percibir de manera diferente el mundo y la sociedad. Hay que establecer de manera clara el objetivo de organizar el universo simbólico de los oprimidos para debilitar el dominio de los arreglos simbólicos coyunturales. Sin embargo, esta dimensión reflexiva —y hay que tener cuidado en esto— no es puramente cognoscitiva, tiene también aspectos que puede uno llamar competitivos, es decir, volcados hacia el cambio, hacia la modificación de las prácticas. No deben sublevarse solamente los esquemas o móviles de interpretación de la realidad, sino también los esquemas de acción y las relaciones en la acción. A través de sus prácticas, los participantes en la acción deben descubrir sus potencialidades inexploradas y las conexiones con los otros que han dejado inutilizadas. Actuar no es esencialmente ligarse a posiciones o a objetivos definidos de antemano por tal o cual instancia; es, ante todo, modificar situaciones y circunstancias haciendo aparecer nuevas posibilidades contra toda forma de *statu quo*. La acción transformadora, en consecuencia, no puede preocuparse por cambiar las relaciones de poder favoreciendo los poderes colectivos, los poderes de movilización de quienes son habitualmente dominados. Para retomar una terminología de Michel Foucault, se puede decir que la acción debe presentarse como una política de la verdad, de la verdad como prueba de nuevas orientaciones para superar los poderes establecidos, de la verdad como búsqueda de nuevas relaciones intersubjetivas, en particular entre los sexos.

Todavía más: para dar su oportunidad a la política de la verdad, hay que desarrollar otras prácticas de la política propiamente dicha. Para ello, es necesario

comenzar por liberar la política del economismo que se le pega a la piel en países como Francia. Se cae en el economismo, sin darse cuenta, cuando se reconoce que la política debe detenerse en las fronteras de la economía o cuando se admite que las instituciones políticas deben estar al servicio de la economía. La política hoy dominante está demasiado desprovista de instrumentos eficaces y demasiado burocratizada para producir efectos positivos. De hecho, hay que subvertirla en tanto política disminuida (*rabougrie*), con alas cortadas, en la medida en que es indispensable renovarla por la vía de hacerla penetrar en la economía para subvertirla. Concretamente, esto quiere decir oponer a la valorización capitalista otros criterios de evaluación y de gestión para liberar los intercambios sociales en la producción. Con el tiempo, eso debería permitir la aparición de otras leyes de apropiación de los bienes y de las actividades que sean socializantes y fundamento de verdaderas intervenciones públicas.